

*Ni opulentos ni menesterosos*

Antonio Narbona

*La riqueza léxica pertenece a los individuos, no a los espacios geográficos.*

Aunque la *expresividad*, el (*in*)*genio*, la *gracia* o *gracejo* y el *desparpajo* de los andaluces se hacen descansar en ciertos rasgos fonéticos y prosódicos, y en tendencias opuestas como el ‘ahorro’ y el ‘derroche’ (incluso el ‘despilfarro’), se asocian también a una supuesta *riqueza léxica*.

Pero, aunque se incluyan las ‘apropiaciones indebidas’ (*escaquear[se]*, *arrecir[se]*, *escamondar*), las meras deformaciones fonéticas (*daleao*, *anafe*, *quiyo -o iyo-*, *jartá* y *jartible*, *saborío*, *faratá*, *cucha*, *guarnío*, *ruílla...*), muchas de las cuales amalgaman varias palabras (*no-ni-ná*, *áfavo* ‘haz [el] favor’, *fitetú* ‘fíjate tú’, *meviácaé* ‘me voy a caer’), etc., que muchos tienen por genuinas, no cabe hablar de abundancia.

En la última edición del *Diccionario* académico ha desaparecido la marca *And*[alucía] de más de la mitad del millar de voces en que venía figurando, y han pasado o están pasando al olvido bastantes de las (escasas) consideradas propias de una o varias de sus provincias, como *ganga*, una forma de arar en Andalucía oriental, *filete* (*Alm*[ería]) ‘cuerda de esparto retorcida que se compone de dos hilos’, o *chiringo* (*Sev*[illa]) ‘vaso de aguardiente’...

Pero que no haya muchos andalucismos en sentido estricto (suelen citarse *llegarse* ‘ir a, acercarse’, *avenate* ‘arranque de locura’, *acarajota*[d]o ‘atontado’, *atacarse* ‘arreglarse la ropa’, *malaje*, *fullero*, *dornajo*, *avíos*, *pego*, *farota*, *estartaíto*, *ta[s]mear*, *babuchas*, *sieso*, *hacer mala o buena orilla...*), y que casi ninguno se encuentre extendido por toda la región, no es lo verdaderamente relevante.

La *riqueza léxica* pertenece a los individuos, no a los espacios geográficos. No son más ricos los canarios que los andaluces porque el *Tesoro lexicográfico del español de Canarias* contenga un número mayor de entradas que el *Tesoro léxico de las hablas andaluzas* (entre cuyas 50.000 hay no pocos vulgarismos, como *fomigar*, *entavía*, *estijeras...*), que, atinadamente, se abre con la afirmación de que el vocabulario «más nuestro [andaluz] que poseemos» es el «general en español».

No sé si «las 38 palabras más bellas [sic] del español» definidas en un vídeo que me ha llegado por vías diversas (*efímero*, *inefable*, *etéreo*, *perenne*, *melifluo*, *ataraxia*, *iridiscencia*, *acendrado*, *bonhomía*, *inmarcesible*, *arrebol*, *nefelibata*, *serendipia...*) lo

son realmente. Tampoco si tienen especial naturaleza ‘literaria’ *seductor, paradisíaco, sinuosas, arcano, ausencias, desengaños, gravitación, voluptuosidad...* Pero sí que ningún ámbito del léxico en particular puede utilizarse para medir la riqueza de los hablantes. Y que no es signo de pobreza desconocer el centenar de expresiones formadas en poco tiempo a partir de COVID o de *corona (covidcidio, covidfobia, covidivorcio, covidmanía, covidnoico, covidofobia...; coronabebé, coronaboda, coronabono, coronabulo, coronachikunguña...)*, de las primeras analizadas en el relanzado *Diccionario histórico* académico.

La competencia idiomática, nunca únicamente léxica (determinante es el encaje de las expresiones en los oportunos moldes constructivos), se revela en la capacidad de participar, además de en el coloquio inmediato y práctico, en tipos muy diversos (orales y escritos) de intercambios comunicativos, y de adecuar la actuación a cada uno de ellos.

La obviedad de que son los individuos, no los dialectos, los calificables de más o menos ricos o pobres, no hace sino complicar las cosas. Aunque en un experimento reciente se haya estimado que un hispanohablante ‘medio’ llega a conocer a los 45 años unas 30.000 voces, son tantas las variables (grado de instrucción y educación, número de lenguas en que se pueda desenvolver...), que hacen poco fiables los resultados.

El uso de particularismos no puede ocultar que en Andalucía hay más ‘menesterosos’ a los que ‘faltan’ (las) palabras que ‘opulentos’ a los que les ‘sobren’, y que la distancia entre unos y otros es superior a la económica que se advierte entre los (pocos) acaudalados y los (numerosos) desafortunados, sin que, eso sí, se dé una correspondencia entre ambos tipos de riqueza (o de pobreza).

Es posible que la caída de, por ejemplo, *apartarse*, en favor de *servirse* (la comida), nos deje sin la sonrisa en algún equívoco. Pero el progresivo abandono (obligado en muchos casos) de localismos o regionalismos no ha ‘empobrecido’ a los andaluces, que son mucho más ‘ricos’, al haber incorporado miles de voces de las que no disponían. Son las palabras compartidas por la comunidad idiomática, no las ‘exclusivas’ (referidas, en su mayoría, al entorno cotidiano), las que acrecientan la independencia y la libertad personales. Y las que, alojadas en un ‘hotel’ que jamás pone el cartel de ‘completo’ y en el que no cesan las entradas, salidas y el continuo movimiento, nos hacen más (auto)críticos.